

## EL HOMBRE QUE MURIÓ 222 VECES I de Alberto Monreal

---

El día en que el mundo decidió recibir al pequeño Lázaro Ignatius Anastasio, no lo hizo con los brazos abiertos. El alumbramiento fue interminable y tormentoso para su madre, una danza fúnebre de gritos y sangre que se prolongó durante cinco horas. Las últimas cinco horas de la vida de la parturienta. Le faltó coraje: estaba sola, ni siquiera recordaba el rostro del hombre que le había plantado su desgraciada semilla aquella noche de alcohol y de niebla cuarenta semanas atrás. Le faltó ánimo: un cementerio no suele ser una gran fuente de fuerza y vitalidad para quien tiene que arrancarse sin ayuda un niño enterito de sus entrañas. Ella y su insistente manía de visitar a sus difuntos en completa soledad. Le faltó calor: entre la una y las seis de la madrugada no era muy posible que saliera el sol. Pero, ante todo, le faltó amor: aquella criatura a la que no le había dado la gana de desaparecer a pesar de los fármacos y el tabaco, había derrumbado sin piedad la torre de sueños que ella había ido construyendo poco a poco a lo largo de sus dieciséis años de vida.

Su madre no fue quien le puso el estridente nombre que lo adornaría toda su vida. La proeza fue obra de su protector y educador por excelencia, Don Leonardo López de Villahermosa. Escritor, literato y erudito donde los haya, hijo de familia culta, leída y escrita, aunque *bohémio por despecho*, según él. En otras palabras: aunque amante de las letras, era más pobre que las ratas. Cuando nació Lázaro Ignatius Anastasio, Don Leonardo llevaba una semana durmiendo en el cementerio, en un mausoleo que siempre dejaban abierto y que le guarecía del frío y de los ruidos de la noche. Su vida había consistido –hasta entonces– en un constante vaivén entre periodicuchos reticentes a publicar sus atrevidos textos. El orgullo ilimitado del señor López de Villahermosa solo le había otorgado salarios de risa, imposibilidad de pagar sus cuotas y deudas, cientos de penurias amorosas y dos desahucios. El cadáver de una muchacha yacente sobre un charco púrpura, el recién nacido casi muerto de frío y desamparo que se hallaba junto a ella, y el embotamiento general que aturdió sus sentidos a las seis y media de la mañana fueron suficientes para que el gran bohemio por despecho decidiera hacerse cargo del niño.

Al principio, lo llamó Bonifacio, por su simbólico sentido etimológico (*buen destino*), pero no tardaría en cambiarlo... Cuando el pequeño Bonifacio tenía seis años ya sabía leer y escribir; era un niño delgado y débil, pero perspicaz; criado en la miseria, la calle le había enseñado a superar toda adversidad, igual que había hecho en el hostil vientre de su madre. No le importaba que algunos días solo pudiera comer pan, le gustaba el pan. Y fue una mañana de las que solo había *pan para hoy* cuando Bonifacio López de Villahermosa murió a los diez años... por primera vez.

Fue a causa de un camión que transportaba quinientos kilos de sardinas enlatadas. El frenazo fue tardío, el golpe seco y la pérdida de conocimiento inmediata. Todos los transeúntes se arremolinaron en torno al padre adoptivo, quien, llorando y gritando desgarradoras plegarias al cielo, sostenía al pequeño en brazos en mitad de la calzada. ¿Había algún médico? No. ¡Que alguien llamara a una ambulancia! ¡Rápido!; pero Don Leonardo ya había comprobado que el corazón no latía y que los pulmones ya no respiraban. A las pocas horas, el médico salió del quirófano, cabizbajo y mirando con pesar al escritor para evitar el uso del verbo en la transmisión de la noticia fatal. Don Leonardo rogó que le permitieran reunirse con su hijo cuanto antes. Una vez a su lado, cogió la mano de su compañero de supervivencia y ni siquiera se atrevió a mirarle a la cara. Y no, no fue una ilusión fruto de la desesperación cuando notó el breve palpitar de la sangre en la mano, ni cuando se abrieron los dos pequeños ojos azules, ni cuando un hilo de voz preguntó por el pan de aquella mañana. Había vuelto a la vida. Como Lázaro a manos de Jesucristo. Como el ave fénix renace del fuego, *ignis natus*. Como el *anastásimo*, “el que tiene fuerza de resucitar”.

La intrincada locuacidad de Don Leonardo rebautizó a su vástago no biológico con el nombre de Lázaro Ignatius Anastasio.

La noticia del niño resurrecto se extendió por todo el barrio a velocidades insospechadas. En los bares, en los patios de vecinos y a través de los cables del teléfono, los exasperantes temas políticos y los asuntos de la prensa rosa fueron sustituidos por el milagro del camión de las sardinas. Y, a pesar de ser un buen chismorreo del que especular durante una semana o dos como máximo, muy pronto regresó a las voces sorprendidas del vecindario, cuando, aproximadamente un mes después, la muerte sorprendió de nuevo a Lázaro Ignatius Anastasio. Unas fiebres ingratas se lo llevaron tras tres días de agonía.

Don Leonardo se había ganado la amabilidad de los dueños de un albergue donde le permitieron dormir hasta que la enfermedad pasara, por eso pudo velar el cuerpo inerte de *su Lazarillo* a los pies de una cama calificable de encontrarse “en condiciones”. Tras toda una noche de luna nueva, revivió aquel que había sido el momento más feliz y emocionante de su vida: el corazón del Lazarillo despertó de nuevo. A partir de entonces, las almas caritativas del barrio focalizaron su piedad en el bohemio padre y el bohemio hijo. Todos sabían quiénes eran, y si los veían sumidos en la miseria de la calle, no dudaban en ofrecerles alimento, techo o algo de dinero. Don Leonardo aprovechó el sensacional episodio para plasmarlo en sus escritos, y más de un noticiero le ofreció prometedores puestos en el difícil mundo laboral periodístico. Recuperó trabajo estable, recuperó un sueldo medianamente decente, y recuperó el primero de los pisos que había ocupado en sus tiempos de mínima prosperidad. La suerte les sonreía por fin.

Al mes siguiente, fue una caída desde un quinto piso lo que provocó la muerte. Y fue la fascinante naturaleza de Lázaro Ignatius la que le devolvió el aliento, una vez más. Todos los

meses esperaba el momento en que su vida tocara a su fin, para regresar después al punto en que la dejó. Accidentes de tráfico, infartos, infecciones terribles y tumores que se esfumaban tras el fallecimiento provisional. Cuando la gente le preguntaba por sus experiencias sin poder creérselas, afirmaba que en el instante inmediatamente anterior a la defunción, una desesperanza infinita lo acechaba, luego llegaba la nada absoluta, la ausencia de todo, como las noches en las que no se sueña, y luego el despertar, pleno de vitalidad renovada. Lo contaba con las palabras de un sabio octogenario, y con la mirada de un viejo filósofo existencialista. Le gustaba llamar a sus muertes “su menstruación particular”, ante lo cual Don Leonardo irrumpía en carcajadas. Ambos habían aprendido a desechar el temor a la muerte de tal manera, que esta se redujo al sarcasmo y la ridiculez.

Lázaro Ignatius Anastasio se hacía llamar Íñigo, para evadir las pedanterías y las trabas de lengua, y en honor a la procedencia navarra de su padre adoptivo. Sabía robar, desvalijar, engañar, burlar, traicionar, manipular, insultar, huir, pelear, maltratar, quizá incluso matar; pero una moral reflexiva y autoconsciente inculcada por su educador reprimía sus impulsos delincuentes. Ya se encargaría Don Leonardo de hacer algún trabajo sucio (hasta que le contrataran en las editoras) a espaldas de Íñigo y a espaldas de su propia ética intelectualista. Íñigo, con doce años, también aprendió a reír y a llorar, lo cual incluía, según su mentor, la “necesaria pero poco frecuente capacidad para elegir la pasión correcta en el momento correcto”.

Con trece años, aprendió a amar. Comenzó a ir al instituto, en contra de la repugnancia de Don Leonardo hacia el sistema educativo (todo lo que había aprendido hasta entonces había surgido de la boca y el papel de su padre y único maestro). Allí conoció a aquella chica de mirada de miel de romero y voz de flor de azahar, de la que obtuvo tal indiferencia, que con el paso de los años recordaría cada detalle de su esencia, a excepción de su nombre.

A los catorce años aprendió a desamar. Su frustrado intento de hallazgo del amor eterno le arrastró al extremo opuesto: noches de alcohol, pero no de niebla, porque era un sobrenatural autocontrol lo que seducía a una niña apenas adolescente cada sábado. Don Leonardo le advertía, pero no le ponía impedimentos: él mismo había seguido ese camino en su día, y solo pudo aprender a rechazarlo a base de las penosas consecuencias que le destrozaron la voluntad y la pasión desenfrenadas... Con el rechazo al amor, Íñigo adquirió el rechazo al respeto de la ley de las doctrinas *leonardianas*. El delito, si era más fiel a sus propios principios que la ley, era preferible a la misma. Además, era la mejor manera de desarrollar su increíble don.

A los dieciséis años, si eran los días de su menstruación particular, podía robar un banco entero en una maniobra kamikaze, poner a buen recaudo el dinero, pegarse un tiro para que nadie se ocupara de ajusticiarlo, morir y esperar unas horas a que la herida desapareciera como por arte de magia y volviera a abrir los ojos. Sin embargo, solía delinquir en grados inferiores a este: protagonizaba las más encarnizadas resistencias a la policía en las

manifestaciones; engañaba a las compañías de seguros, que le pagaban ingentes cantidades de dinero a Don Leonardo cada vez que finaba su protegido; vivía trágicos romances aprovechándose de la ingenua sorpresa de las jóvenes ante su caso terminal.

A los diecisiete, se dio cuenta de que podía morir en cualquier momento, aunque no estuviera “en esos días del mes”, lo cual le permitía tomar provecho de la situación cuando le placiera. Al año siguiente se hundió en el engañoso mundo de las drogas, murió a causa de ello, y recuperó las ganas de no depender de nada ni nadie. Conoció la sífilis, el coma etílico y el efecto dulce y afilado de diversos tipos de veneno. Lo probó todo, lo vivió todo, se sacó el título de secundaria casi con los ojos cerrados, sin dedicar una gran parte de su tiempo extraescolar a asuntos escolares. No existía el riesgo, no existían los límites. Era tan inmortal como infinitamente mortal. Era invencible.

Cada día crecía su desprecio a las clases altas, al dinero, a un mundo que se daba de bruces una y otra vez por buscar la felicidad tan solo por el camino de la fortuna material. Las personas que se guiaban por estos estúpidos y simples ideales no conocían, a juicio de Íñigo, lo que era la vida y la muerte, no podían valorar el tesoro de disfrutar al máximo de cada instante. Eso era, para él, la felicidad verdadera. Vivir. Y vivir no consistía en repetir todos los días la misma monotonía insufrible, había que cambiar en cada amanecer como cambiaba el cielo, las nubes, las plantas, el aire, el mundo. La última vez que vio a Don Leonardo López de Villahermosa en persona fue cuando este aceptó que la editorial más influyente económicamente del país publicara su obra completa, hasta entonces inédita casi en su totalidad. La furia de Íñigo no conoció límites; el mismo que le había enseñado a no dejarse levantar por quienes le habían derribado, tomaba entonces la mano ayudadora de aquellos que habían impedido su progreso como escritor. Una discusión mucho más violenta que cualquiera de los enardecidos discursos filosóficos entre adiestrador y adiestrado determinó el fin definitivo de su relación.

Así, cumplidos los diecinueve, Lázaro Ignatius Anastasio cayó en una profunda depresión, dejó su trabajo en la pequeña frutería donde había sido contratado hacía pocas semanas y se encerró en su pequeño y siempre sucio piso. No tenía intención de salir. La pérdida del origen de sus sueños, de su vida y de todo su conocimiento le había conducido hasta la más radical duda sobre la actitud humana y el universo que lo rodeaba. Se había quitado la vida infinidad de veces, pero siempre con plena confianza en que era algo transitorio. En este caso, realmente deseó morir. Para siempre. El mundo era injusto, los hombres eran injustos. Si entre ellos surgía una luz de justicia, era contaminada y pronto se volvía sórdida como todo lo demás... Aguardaría a que la inanición le corroyera las entrañas poco a poco. Conocería un sufrimiento lento, prolongado y pesadoso; al fin y al cabo, si había que vivirlo todo, solo le faltaba vivir la agonía más desesperada.

Vestido tan solo con una camiseta blanca de tirantes y ropa interior de dos días, se desplomó sobre su desvencijado somier y cerró los ojos, entregado casi placenteramente a un eterno

silencio. Ya no quedaban más experiencias. Pero tan solo un minuto después, algo perturbó su pensamiento sobre el no pensar. Una tos rasposa y brusca comenzó a repetirse en el piso de arriba. ¿Quién vivía allí? Parecía una tos de mujer. Tos fumadora. Tos de cincuenta años, aproximadamente. Tos de aspecto incluso cercano a la muerte. ¿Necesitaría ayuda? No le incumbía ni a Íñigo ni a su decisión de alejarse del insoportable todo. ¿O sí? El ruido incesante no le dejaba concentrarse, debía subir para zanjar el problema. Al fin y al cabo, su meditación no había empezado apenas; la podía posponer diez minutos. Llamó con fuerza a la puerta, y le abrió un pijama de hombre que podía tener ciento cincuenta años y que abrigaba a una mujer en efecto cincuentona, de media melena y grandes bolsas bajo unos ojos que prometían miles de historias que contar. En una mano, sostenía unas pequeñas gafas redondas, y en la otra, una pipa de madera. Íñigo dejó experimentar a sus palabras. Dio sus explicaciones a base de gritos, amenazas y exabruptos. La vecina, tras contemplar con apatía la escena mientras fumaba de su pipa humeante, soltó una risilla y, con voz ronca y decidida, le invitó a tomar una infusión para que le contara de nuevo, y esta vez pausadamente, cuál era exactamente su problema. Sin esperar respuesta, aquella loca le agarró de la camiseta sudorosa, le arrastró hacia su pasillo lleno de humo y cerró la puerta.

Dos horas después, Íñigo lloraba desconsolado sobre el regazo de su nueva confidente. Ella se llamaba Sofía, aunque le gustaba que le llamaran Blanca o María Pilar. Lo primero que decía de sí misma era que siempre había sido republicana de derecha moderada, cristiana de doctrina propia y un poco bisexual. Si el interlocutor lo concebía de manera natural, ella accedía a escuchar todo lo que el otro le dijera, porque significaba que conocía más que ella del mundo. Eso fue lo que sucedió con Lázaro Ignatius, antes de la consiguiente sesión de psicoanálisis: Sofía había estudiado Filología Hispánica y Psicología treinta años atrás. Cuando hubieron terminado las lágrimas del paciente, fumaron pipa juntos, se acabaron la tila juntos y leyeron juntos las últimas reflexiones de Sofía. Íñigo se abandonó, en efecto, al no pensar. Le fascinaba de tal manera aquella mujer, que deseó de pronto ser como ella. Era una persona que buscaba simplemente que sus juicios sobre lo que está bien y lo que está mal estuvieran enunciados de la manera más bella posible. Aunque ella no lo reconocía, no importaba el contenido. Y, lo más importante: opinaba que pasamos nuestro inútil tiempo como muertos, pasivos, inmunes. Y de vez en cuando, en los esporádicos momentos en que nos concienciamos de la ausencia de sentido de nuestra existencia, vivimos por un corto periodo de tiempo para después volver a morir. Íñigo no le dejó terminar esta frase, antes de permitírsele estaba besando sus finos y resquebrajados labios.

Fue la noche más feliz de su vida. A la mañana siguiente, murió. Murió por primera vez completo; por primera vez había entendido el significado de vivir o morir: la simple carencia de un significado. Murió al igual que lo hizo Sofía, abrazada a él con una clase de sonrisa que hacía años que no adornaba sus facciones. Murió de pura dicha, murió de haber conocido ese amor al que, por ser un crío inconsciente, había dado la espalda. Murió de verdad. Lázaro Ignatius Anastasio López de Villahermosa no hizo en ese momento honor a sus múltiples nombres. Murió de verdad.

Murió por haber logrado ese fin que tanto había añorado: entenderlo todo. Pues ese había sido su fin, y no otro... las ansias de experiencia, de riesgo y de vivencias intensas sólo eran medios para conseguir la comprensión más sublime de todas: no hace falta buscar una razón o un motivo que explique el mundo, sencillamente porque no se necesita.

Y gracias a eso, murió feliz, y así terminó su muerte y pudo, finalmente, despertar a la vida.